

JAIME J. MARTINEZ

VUELVE LA SOMBRA DEL CAUDILLO

Acaba de presentarse una nueva y excelente edición de la que quizá sea la obra más representativa de Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, editada por un reconocido experto en la literatura mexicana contemporánea como es Antonio Lorente Medina¹. Resulta alentador comprobar cómo también una colección como la de Clásicos Castalia, que hasta hace relativamente poco tiempo se mostraba renuente a dar entrada a los grandes novelistas hispanoamericanos del siglo XX, desde hace algunos años se va abriendo a lo que es no sólo una necesidad del mercado, sino también una cuestión de justicia. En este sentido creo que se puede considerar como muy acertada la decisión de seguir en esta línea con un autor como el que nos ocupa que, sin lugar a dudas puede considerarse como uno de los más importantes narradores en español del siglo pasado.

La obra de Martín Luis Guzmán ha carecido, en tiempos recientes, de la difusión y reconocimiento populares que merece. Esta circunstancia podría explicarse, como bien pone en evidencia Antonio Lorente, por dos motivos: por responder sus obras a una estética ampliamente superada por los narradores del “boom” y por su posición pública de defensa de la actuación del presidente Díaz Ordaz con ocasión de la tristemente célebre matanza de Tlatelolco (p. 8).

En su ejemplar introducción, el editor nos va guiando por la agitada vida pública y artística de Guzmán, ejemplo del cambio radical que sufriría México en los primeros años del siglo XX. En efecto, frente al XIX, que había sido protagonizado en sus últimas décadas por la figura del dictador Porfirio Díaz y por la institucionalización del naturalismo filosófico y artístico, el inicio del siglo XX iba a suponer la transformación radical de este panorama, sobre todo a partir de los acontecimientos políticos que se sucedieron a partir de 1910.

Señala el editor la importancia que tuvo en el desarrollo intelectual del autor mexicano la creación del Ateneo de la Juventud en 1909. A través de esta institución, figuras del relieve de Alfonso Reyes, los hermanos Henríquez Ureña, José Vasconcelos, etc., pusieron las pautas de un nuevo acercamiento a las humanidades y a las ciencias, basadas en el trabajo sistemático y en la rigurosidad del estudio. Además, estos autores

¹ Martín Luis Guzmán, *La sombra del Caudillo*, edición de Antonio Lorente Medina, Madrid, Editorial Castalia, 2002, pp. 333.

marcaron una línea muy importante en la filosofía de lo mexicano, tema éste que tendrá un gran desarrollo en el pensamiento del país azteca posterior hasta por lo menos *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz y que está presente en muchas de las ideas expuestas por Guzmán en su obra *La querrela de México*.

Como la mayor parte de los autores de su generación, Guzmán participó activamente en los avatares de aquellos años: maderista primero y después, según el momento, villista y delahuertista, los constantes cambios de la fortuna le llevaron varias veces al exilio. Precisamente en España, donde estuvo refugiado en dos ocasiones, Guzmán logró desarrollar la parte más importante de su obra periodística y narrativa.

Por lo que respecta a su primera estancia en la península, hay que decir que Guzmán mantuvo una incesante actividad como periodista, que se prolongaría en el tiempo hasta el final de sus días. En especial merecen destacarse sus crónicas cinematográficas escritas durante su primer exilio en la península ibérica, en 1915. A través de numerosas reseñas, firmadas con el seudónimo de "Fósforo", que compartía con Alfonso Reyes, logró crear un modelo en el género y un estilo, a la vez que demostraba un precoz entendimiento de las posibilidades y características del nuevo arte. También destacan sus estudios filológicos como, por ejemplo, la publicación de las poesías de Gregorio Silvestre.

Sin embargo, la parte más importante habría de venir durante su segundo exilio español, de 1925 a 1935. Es en estos años cuando Guzmán publica las obras que constituyen, sin lugar a dudas, la parte fundamental de su creación literaria: *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929). Con ellas el escritor se enmarca a pleno título en un nuevo género que se había ido desarrollando paralelamente a los hechos históricos de aquellos años y que tiene en *Los de abajo*, de Mariano Azuela, su ejemplo más paradigmático: la novela de la revolución mexicana.

Aunque todas las historias de la literatura incluyen un apartado especial dedicado a estos autores y obras, lo cierto es que la existencia de una corriente que responda a dicho nombre ha sido puesta en duda por algunos críticos. La razón principal es la imprecisión de su ideario, en lo fundamental limitado a un tema único: los hechos violentos relacionados con la revolución, y la estética realista. Además, los mejores ejemplos comparten una visión pesimista de los resultados, al poner de manifiesto la traición de que fueron objeto los ideales revolucionarios. El problema radica en que, expresado de esta manera, esta corriente narrativa se podría prolongar hasta autores como Agustín Yáñez, Juan Rulfo o el mismo Carlos Fuentes.

De regreso a México, llamado por Lázaro Cárdenas, Guzmán continuó su actividad literaria y política: de estos años es la redacción de las *Memorias de Pancho Villa*; también participó activamente como diputado y como periodista en la vida pública de su país. Su ascensión del ideario del PRI durante estos años, en función de su nacionalismo, de su anticomunismo y de la institucionalización de la revolución en un partido, lo que terminaba con los caudillajes que tanto había criticado, le convirtió en una figura institucional de relieve. Sólo de esta manera resulta explicable su toma de posición a favor del régimen después de los sucesos de la Plaza de las Tres Culturas de 1968.

En su análisis de la obra, Lorente señala cómo *La sombra del caudillo* fue escrita al calor de unos hechos concretos: el asesinato en 1927 del general Serrano, candidato a la presidencia de México, al parecer por orden de Obregón, que quería perpetuarse en el poder a través de un candidato dócil a su voluntad. A partir de estos hechos, Guzmán fue componiendo su obra y publicándola primero en periódicos y sólo más tarde en forma de libro. Entre una y otra versión hay toda una labor de lima, de la que queda constancia en la introducción y en el interesante aparato de notas, a través del cual fue eliminando aquellos pasajes que anclaban la novela más a la realidad. De esta

manera, el autor conscientemente fue favoreciendo su carácter de texto de ficción. Además, también con este fin fue añadiendo otros pasajes que acentuaban aún más su voluntad artística.

Aspecto fundamental de la novela que la crítica ha resaltado es la construcción del héroe según cánones provenientes de la tragedia griega. El protagonista, Ignacio Aguirre, para el que se basó libremente en dos personajes históricos, los generales De la Huerta y Serrano, compagina elementos positivos y negativos. El autor resalta su desmedida afición por las mujeres y, como dice Margó Glantz, su venalidad y su banalidad. Pero limita en ocasiones este retrato con el fin de no impedir su glorificación final. Además, como en el mito clásico, el héroe no tiene que ser perfecto, puesto que no es un dios; así, el público puede identificarse con él más fácilmente. Además, vemos cómo es su personalidad y sus propios errores, los que le van conduciendo a un destino trágico que parece casi escrito de antemano y del que sale engrandecido por su comportamiento final ante la muerte.

En un característico juego de luces y sombras, base estética de gran parte de la obra, Guzmán establece una técnica en la que Aguirre y los que con él se relacionan son descritos en función de la luz, mientras que el caudillo y su política se representan envueltos en la oscuridad. De esta manera el autor establece un claro nexo entre estética y ética: los personajes que son descritos como seres bellos son moralmente positivos, mientras que los sicarios del Presidente son feos en cuanto su política es reprobable.

Otro interesante aspecto que se pone en evidencia con profundidad en la introducción, pese a los límites de espacio inherentes a este tipo de ediciones, destinadas a un lector no necesariamente especialista, son la relación entre el estilo de la novela y el cine, cuya naturaleza había teorizado en sus numerosas reseñas. Así, por ejemplo, en el tratamiento del tiempo, organizado en todo momento en función de la acción (él mismo había definido el cine como “una estética inherente a la acción”).

Tenemos, pues, ahora la oportunidad de poner al alcance de muchos lectores un texto fundamental para entender no sólo lo que fue y representó la revolución mexicana, sino también la base sobre la que se asienta la novelística mexicana sucesiva, la de Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Héctor Aguilar Camín, Ángeles Mastretta, etc. Todo ello en una cuidada edición que mezcla sabiamente la seriedad y el rigor científico con la accesibilidad necesaria para un público amplio.